

NATURALEZAS MUERTAS

Valentín Ladrero

Prólogo

De pequeño me entretenía pintando naturalezas muertas. Las observaba pensando que no eran de este mundo y que otros las pintaban por mí. Un día las abandoné, me daban miedo. El mundo estaba lleno de ellas.

Naturaleza muerta nº 1

Estoy pintando un cuadro de latas de conserva cuando le veo aparecer.

El hombre viene casi todo el verano y algunos fines de semana de invierno. Aparca su todoterreno y se dirige al Complejo de cristal al que llaman El Paraíso. Hay otros muchos Complejos marinos en la costa pero éste fue el primero en construirse. El precio de la entrada es de veinticinco euros. Un cartel que cubre toda la fachada anuncia en vivos colores: “¡Venga a El Paraíso. Esto sí que es vida!”. Aquí el sol eléctrico no quema y la fuerza y altura de las olas están controladas por motores gigantes instalados en el subsuelo. Hay días en que el ruido de los motores se deja oír, pero no resulta más molesto que el de un automóvil. Todo es acostumbrarse. El agua está al punto de sal, como el de las patatas fritas que venden en el chino, y la temperatura del aire siempre es la misma. Aquí no hay ninguna posibilidad de un cambio climático y así figura en los estatutos del Complejo. La arena blanca espejea a la luz del sol artificial. Un catálogo, a todo color, revela que la arena fue remolcada por decenas de barcos cargueros desde la

costa atlántica de África. Algo que dice mucho de la eficacia de la dirección de El Paraíso.

La espuma del mar -que parece cosida a las crestas de las olas como un ribete blanco de organdí- es fabricada por una empresa japonesa cuya fórmula química es secreta. El agua, sin embargo, procede de un mar natural, aunque es depurada hasta aniquilar cualquier atisbo de vida. Aquí no hay medusas ni cardúmenes de peces sorteando las piernas de los bañistas. Tampoco hay gaviotas tomando tierra al atardecer para dar cuenta de los restos orgánicos que el mar abandona en la orilla. No hay naufragios, ni un Robinson Crusoe, ni percebes batidos por la marea. Ni pescadores tentando a lisas y jureles. Un mar artificial no admite peces según los responsables.

-¡Sería el colmo!- aseguran.

El Paraíso tiene prohibida terminantemente la visita de cualquier ser vivo ajeno a los humanos. Los mosquitos están prohibidos, y así figura en el reglamento de la entrada. Hay, a disposición de los clientes, un muestrario bien surtido, de olores y sonidos marinos. Olor a mar Cantábrico, mar Rojo, mar Caribe, mar Mediterráneo, océano Índico. El proceso es muy simple. Una azafata muy amable rocía el olor seleccionado con un spray en el cuerpo de los clientes que lo solicitan. En cuanto a los sonidos, los hay de olas golpeando las rocas, mar calmo, chapoteo de niños. La empresa presta unos cascos con un numerito en donde se pueden manipular los registros y el volumen del sonido elegido. También hay una carta succulenta de amaneceres y atardeceres. Amanecer en las Islas Marquesas, atardecer en una playa de Cuba. Está el especial de Aurora Boreal, pero éste es más caro y no se incluye en el precio de la entrada.

En la arena no vuelan cometas ni hay niños gritando pidiendo la merienda a sus padres. Aquí no hay peligro de ahogarse y la gente habla muy bajito. Un señor, entrado

en años, comenta que algunos clientes han solicitado a la dirección de El Paraíso que para la temporada que viene se agencien algunas imitaciones de palmeras enanas y cocoteros. Nuestro hombre asiente y piensa que no es una mala idea, mientras ojea el periódico. En la página doce lee: “La biodiversidad marina del planeta está en peligro, según los ministros de Medio Ambiente de los países industrializados”. Intenta conciliar un sueño breve, pliega el periódico con cierta parsimonia, lo abandona a un lado y adapta los cascos a sus orejas. Una mujer explica a una amiga, mientras pasean por la orilla: “Es artificial, por eso nos gusta”.

De repente, un grito de espanto despierta del sopor a los clientes. Una señora brinca horrorizada por la arena de la playa. Se ha topado, en la orilla, con un fragmento de una fanerógama marina. Un operario del Complejo la recoge con desconfianza en una bandeja pequeña y la deposita en el armario de animales perdidos, sin saber con exactitud de que se trata. -Las autoridades deberían estar informadas de este asunto- piensa el hombre aferrado a unos cascos que emite el sonido del mar en la costa gallega.

Afuera, junto a El Paraíso, a escasos metros, el crepúsculo es cárdeno y otro mar rompe con bravura contra las rocas afiladas. Diferentes especies de algas marinas flotan en la lejanía y un cangrejo se deja llevar por las olas.

La franja costera de los mares y océanos posee una variedad de hábitats, (arrecifes de coral, manglares, fondos blandos y rocosos, estuarios...) que albergan una biodiversidad extraordinaria. Los ecosistemas marinos son especialmente vulnerables a la actividad humana. La mayoría de actividades económicas se realizan en la franja litoral y la plataforma continental. El desarrollo tecnológico permite la explotación de zonas cada vez más profundas a medida que los recursos se van agotando. Por otra parte, la actividad humana tiene también un efecto indirecto a través de la alteración

del medio. Las praderas de Posidonia oceánica del Mediterráneo albergan 400 especies de plantas y 100 de animales. En la ciudad japonesa de Yokohama ya existe una mar artificial de estas características y se prevé la construcción de otros tantos a lo largo de las diferentes costas del planeta.

Naturaleza muerta nº 2

Desde hace días me entretengo reproduciendo en dibujos algunos objetos domésticos que ocupan mi casa: ceniceros, latas de cerveza y lámparas de metacrilato. Mientras, imagino los pensamientos inútiles de aquel hombre que cruza la calle. Los almacena de forma aleatoria produciendo colapsos en un mundo que no consigue entender, pero que acepta con rigurosa pasividad.

Observa ocioso, en el televisor, noticias sobre el cambio climático, la hambruna en el mundo y la tala indiscriminada de árboles en los bosques amazónicos. Y un escalofrío imprevisto atraviesa su cuerpo mitigando su conciencia, pusilánime y caprichosa. Consume en el hipermercado objetos que no necesita, no distingue los gorriones de la alondra, ni conoce el significado del efecto invernadero, pero posee dos automóviles. Vive en una urbanización rodeada de otras urbanizaciones que comparten aceras y aparcamientos con otras urbanizaciones. –Lo tiene todo-comentan sus compañeros de oficina.

Hace unas semanas, tras meditar minuciosamente, toma la decisión de llevar a su hijo al campo. Su esposa no consigue salir del asombro durante varios días. Incluso llega a pensar en una enajenación mental transitoria. Van al campo, de naturaleza

indefinida, que sólo distinguen desde el coche en vacaciones y algún fin de semana cuando visitan a su cuñado en Zaragoza. La decisión está tomada. Se aprovisionan de comida y ropa y se dirigen al aparcamiento. Un vago destello ilumina sus caras. Pronto se convencen de lo épico de la aventura, de la locura en toda regla en la que están inmersos, de esta utopía que requiere de esfuerzos inesperados.

Consiguen cruzar la ciudad y llegar a la autopista que conduce al campo. A ambos lados, edificios contruidos de ladrillo en donde no habita nadie. Desolados, como fantasmas erguidos en lo que hace años fueron pequeños huertos de labranza y campos de carrasas. Una hilera infinita de coches y autobuses aparece incrustada en el asfalto, detenida y complaciente. Un festín de colores y tamaños diversos de chapa y neumáticos, como miles de toneladas de chatarra inservible en mitad de un páramo de nubes de polvo y dióxido de carbono.

Ahora, comprenden que el atasco es una forma de vida. La gente pasa horas y días y hasta semanas, en algunos casos. Y nada. Ni para atrás ni para delante. Parados, quietos en aquel pantanal de ruido y humo. Al principio un estallido de improperios se escucha desde el interior del automóvil. Pero, tras las primeras seis horas de espera, los músculos y la cabeza se relajan, todo fluye como el manantial en un remanso del bosque. El hombre memoriza marcas y modelos de automóviles. Y distingue la cilindrada según el ronquido de los motores.

Es martes por la tarde. Su hijo juega con otros niños al escondite entre las ruedas de los camiones. No hay peligro. Todo permanece inmóvil. La pareja juega a las cartas, se forman pandillas de amigos para preparar una barbacoa. Hay un rugido constante de motores y una neblina pastosa de humo va elevándose en el cielo que avisa de lluvia.

Miércoles por la mañana. Una fina lluvia humedece el asfalto que se pega a los pies. La hilera de automóviles que los antecede comienza a moverse, con la pereza que se instala tras la vuelta de unas vacaciones. Todos preparan el retorno. Pero su fe está intacta. Tiene la certeza de que tarde o temprano alcanzará el campo. Sólo es cuestión de perseverancia. El próximo domingo lo intentará de nuevo. Su travesía no acaba sino de empezar. De vuelta a casa recuerda, por casualidad, que un numeroso grupo de ciclistas avanzaba entre los automóviles, sorteando la hilera de vehículos aplastados contra el asfalto. Un profundo destello iluminaba sus caras.

En el sótano de casa guardan unas bicicletas desde hace años. Y los ojos se le encienden y piensa para sí: -¿Podría haber otra posibilidad?-.

Hay algunas fuentes oficiales que auguran que para el año 2050, pasaremos de los más de 800 millones de coches que hay en la actualidad a 3.000 millones. El transporte motorizado es el mayor consumidor de petróleo. El dióxido de carbono es el responsable del 80% de las emisiones contaminantes a la atmósfera y en los próximos diez años se prevé un aumento del 17% de estas emisiones en los países industrializados, pese al Protocolo de Kyoto. Este es uno de los mayores enemigos al que nos enfrentamos para combatir el cambio climático y preservar ecosistemas cercanos a los grandes núcleos urbanos que garanticen la biodiversidad para el futuro.

Mientras pinto una grúa, una mujer africana, sin motivo alguno, asalta mis pensamientos. A veces me ocurren estas cosas.

La mujer emprende su camino, sin brújula, ni mapas. Eleva sus pies, como volatines irisados de espuma, sobre un pedregal. La acompañan un viento robusto y algunas mujeres la despiden danzando con máscaras de animales extinguidos. ¿Hacia dónde dirigir sus pasos? Para ella, allí no queda nada, sólo el balbuceo sonoro del pasado, de lo que fue aquel vergel de plantas verticales y animales encelados. No hay lugar en el mundo que sosiegue su corazón trenzado, ni su esqueleto arbóreo. Va huyendo en busca del progreso, de otro mundo del que nada sabe. Camina sola, y el sendero se estrecha como un butrón encajado entre crestones. Un enredo de máquinas la espera, un pulmón artificial que no respira, allí, en el norte, más allá del mar y las montañas.

Como una sirena varada en mitad de la planicie, su sueño se acrecienta. Ahora imagina baobabs que crecen boca abajo, un bulbul de ojos rojos y marulas. Violetas del África y okapis. Siente el agitar de peces azulones y turquesas alojados en su vientre, y árboles frutales de los cinco continentes creciendo por sus brazos, y escorpiones subiendo por sus piernas, y leones marinos buceando en sus ojos, acuosos y azabaches. Y ahora, buitres africanos y garzas la elevan hacia el cielo y un rinoceronte blanco la observa desde abajo. Y camina soñando en lo que fue, en lo que era, en lo que ha sido.

Va sola, pero no lo está. La acompañan los hijos de sus hijos y los hijos de los que vendrán. Atraviesa meridianos y solsticios y a lo lejos divisa el mar y barcos gigantes que nunca ha visto. Y la brisa leve del norte le trae palabras que no conoce. Se instalan en su cabeza, como naturalezas muertas, palabras huecas como el interior de un animal disecado. Sin vida propia y ofuscadas en el batir metálico de las sombras.

Alaridos y estrépitos la alcanzan por terraplenes y cascadas. Y su esqueleto se retuerce, su pelo se encrespa y las aves de paso aflojan el vuelo. Y se estremece. Y calla.

El paisaje se torna mudo y, ahora, su voz se inflama como si dentro, la tierra y un fruto carnoso y amaranto le creciera. Se yergue como una hembra herida y orgullosa. El progreso, esa metáfora incierta que lo llena todo, atraviesa su esqueleto arbóreo, como un cuchillo oxidado. Un hedor de gasóleo y metano sube por su falda. Y ahora sí. Grita: ¡petróleo, transgénicos, nivel de consumo, pesticidas y automóvil! Palabras que contaminan, confunden, que engañan. Y la noche cae, como los frutos maduros y escarlatas.

Amanece. El solar que pisa es tierra de nadie, es el mismo pedregal por el que anduvo. Ve máquinas ancladas a la superficie como garras. Y fábricas que anudan la garganta. ¿Dónde está el humedal, el guepardo y la atalaya? Decide volver a casa a desbrozar la tierra. Esa que no engaña. Allí cabrán todos. Le quedan sus manos y aparejos de madera que la riqueza del bosque le regala. Esa riqueza que brilla sin mordaza. Empezará de nuevo para los hijos de sus hijos y los hijos de los que vendrán. El floreo hermoso de un pinzón anuncia el alba.

En Malí el término más cercano a pobreza es “faantanya” es decir, “sin poder”. El veinticinco por ciento de la humanidad es quien comete el setenta y cinco por ciento de los crímenes contra la naturaleza. Cada habitante del norte consume diez veces más energía que cada habitante del sur, diecinueve veces más aluminio, catorce veces más papel y trece veces más hierro y acero y expulsa al aire quince veces más carbono. Es la crisis ecológica la que genera a su paso la inmigración ambiental. Los indígenas en la Amazonía, las comunidades montañosas del Himalaya y los campesinos del África Central, cuyas tierras no han sido expropiadas y cuyas aguas y biodiversidad no ha

sido destruida por la deuda para crear una agricultura industrial, poseen riqueza ecológica, incluso aunque no ganen un euro al día.

Epílogo

Soy ya un pintor mayor tumbado en el salón de casa. Hay cuadros amontonados por el suelo. Son naturalezas muertas cogiendo polvo. Desde el balcón no diviso el mar ni la montaña. No hay graznidos de pájaros ni perros ladrando a lo lejos. Hace tiempo que no hay vida en mis ojos, pero sé, que hay otro mundo posible. Ahora, esbozo con un lápiz una bandada de estorninos al albur del cielo. Es una posibilidad de tantas, una brizna de esperanza convertida en aguacero.